

VECINOS ILUSTRADOS

ADICCIÓN AL TRABAJO

Fernando Martín Aduriz

Acaban de proponer que se multe a quien trabaja más de la cuenta. Argumentan que se puede ayudar así a estos sujetos, que en el Japón, incluso, pueden llegar a morir por stress máximo. Aparentemente constituyen el polo opuesto a la figura del vago clásico, pero mirado de cerca, vemos que son auténticos holgazanes para cumplir con su vida social, con su vida familiar, con sus amigos.

Y así, sospechosamente hacen de la oficina su segunda casa. O mejor dicho, viven directamente en la oficina. Porque el adicto al trabajo tiene oficina, despacho, taller, nave, y básicamente todos esos espacios, como otros tantos objetos, son de su propiedad. A veces, incluso los otros seres humanos con quienes trata, parecen ser de su exclusiva propiedad. Es raro, aunque se da, la figura del trabajador por cuenta ajena que se convierte en un adicto al trabajo. Cuando se da, causa aún más estupor, por ejemplo en el caso del probo funcionario, que abre literalmente la oficina pública, que cierra, que va por las tardes, etc. Ellos o ellas se explican, se justifican, pero sus interlocutores ponen un rictus de sorna, y sus familiares pasan directamente al insulto. Pero a veces nada sirve. Sólo el cuerpo, el pobre cuerpo del adicto, pasa factura, y a veces se queja, otras se harta, y en los casos más graves, dimite.

En nuestra ciudad, tranquila de por sí, paseable, apacible, envidia de los vecinos foráneos, de los visitantes procedentes de las grandes ciudades, parece una gran contradicción que haya vecinos que hacen del enclaustramiento su pasión. Se diría que esperan algo, pero lo que llega nunca les satisface, y quieren más y más, en una espiral adictiva.

Otra vertiente del vecino adicto al trabajo, es que ello le priva de toda participación social. Allí donde puede exponerse a las miradas de los otros, a las convenciones y los protocolos, al simplemente estar. También donde puede desarrollar las aficiones artísticas, culturales, deportivas, que son aparcadas, ‘por un tiempo’, que a la postre es *sine die*.

Y qué decir de la familia del adicto. Su casa es su pensión, pues su amor está en otro sitio, y por supuesto su deseo. Su partenaire privilegiado es el objeto de la adicción. Hasta el punto de que la familia no es para ellos sino una pesada carga, que ‘me desconcentra del trabajo’.

Nos restan los amigos. De ellos depende en ocasiones, la posible salida de la adicción. Unas buenas amigas ‘secuestrarán’ decididamente a la adicta al trabajo, empeñada en que nadie sepa que tras el disfraz de pertinaz trabajadora se esconde una mujer con dificultades en sus autoexigencias. Unos buenos amigos ‘inventarán’ algo para persuadirle a él, de que es prescindible en su trabajo, pues lo imprescindible es recuperar la vida.

He leído a mi buen amigo y admirado Manuel Cruz, catedrático de filosofía en Barcelona, -me regaló su libro *Hacia dónde va el pasado*, y es desde entonces para mí una guía de consulta-, una columna genial publicada la semana pasada en EL PAÍS, titulada “La metáfora de la ambulancia”, que finalizaba con esta idea: se constata que lo más valorado en las residencias de Personas Mayores son el alto número de visitas que se reciben. Ni la fortuna personal, ni los logros profesionales, ni los éxitos mundanos tienen pedigrí en dichos recintos: lo que cuenta y se admira es el alto número de personas que se

acercan a ver al amigo, al conocido, al familiar allí residente. Es un aviso para navegantes. Hay que recordárselo con fuerza a quienes hacen del trabajo su vida.